



Prensa y Periodismo en Chile, por RAÚL SILVA CASTRO.

Ediciones de la Universidad de Chile, 1958

EL COMPROMISO de escribir la historia del periodismo chileno, a que hubo de hacer frente el autor, podía desarrollarse en varias formas diversas, de las cuales se nos presentan a la vista, en estos momentos, dos principales: o dar cuenta de todos los periódicos publicados en el país, en determinado espacio de tiempo, o mencionar, señalar y estudiar sólo algunos, como más representativos del estado de la cultura ambiente. El autor optó por el segundo de estos dos caminos, que le permitiría reducir la materia a pocos centenares de páginas. Se nos ocurre, además, que el camino escogido era el más ventajoso desde el punto de vista intelectual, ya que de otra suerte se habría logrado, en lugar del relato histórico, una mera bibliografía, lo que habría distado mucho de convenir a las necesidades culturales en vigencia.

Porque, dígase lo que se quiera de las bibliografías, y nosotros estamos muy distantes de menospreciarlas, es de cajón que exigen menos elaboración intelectual que otras obras. Una bibliografía de la prensa chilena puede ser útil para redactar la historia del periodismo, pero no sustituye a dicha historia, la que es, en cambio, posible con otro método, como puede verse en el caso que hemos sometido a estudio. *Prensa y Periodismo en Chile* es toda una historia de la actividad periodística cumplida en el país desde 1812 hasta 1956, si bien el autor, modestamente, haya querido soslayar el empleo de la palabra Historia en el título mismo de su composición. Por lo demás, hay también allí bibliografía, y de la mejor calidad.

El capítulo II de este libro, titulado *Ensayos Periodísticos (1817-37)*, pp. 59 y sigs., es bibliografía en el mejor sentido del vocablo. Allí se informa al lector sobre todas las publicaciones periodísticas que se hicieron en esos veinte años, sin perjuicio de ofrecerle, además, información anexa sobre autores de artículos, editores probables, seudónimos, polémicas entre un periódico y otro, etc. Las excepciones confirman la regla. Cuando llega el momento de informar acerca de *El Mercurio* (p. 89), el autor dice que tratará de este diario, por su importancia, más adelante, y cumple lo prometido. Cosa semejante ocurre con *El Araucano*, que fue desde 1877 sucedido por el *Diario Oficial de la República de Chile* (pp. 110 y sigs.), periódicos de los cuales se trata en un capítulo especial.

También es bibliográfico, *par excellence*, el capítulo IX, que trata de la *Prensa clandestina de 1891* (pp. 321 y sigts.). Esta vez, el autor estaba pisando terreno menos firme, acaso movedizo, ya que, cual dice él mismo, nadie sabe cuántas fueron las impresiones de esa prensa, y acaso no se logre saber nunca: como subrepticias, fueron perseguidas de la autoridad, y era preciso ocultarlas, y muchas veces romperlas, para evitar que cayeran en manos de los esbirros. Todo ello forma un dramático mosaico de impresiones, que el autor evoca con gracia irónica, la cual, sin embargo, no oculta del todo la simpatía que manifiesta por la causa del Congreso en la guerra civil de 1891. Y como bibliografía, hay allí investigación especial, muy ahincada en algunos pormenores, tanto que el autor ya no da cuenta, como antes, sólo de colecciones custodiadas en la Biblioteca Nacional de Santiago, sino también en recintos particulares, de coleccionistas devotísimos a quienes hubo de pedir auxilio en su labor.

Una singularidad plausible de este libro, que le confiere, a mi modo de ver, cierta profundidad no usual en la literatura histórica de lengua española, es la frecuencia con que se diseñan, en el curso de sus páginas, siluetas biográficas de periodistas descollantes. A nadie puede llamar la atención que se proceda así con Camilo Henríquez (pp. 15 y sigts.), ya que éste se tiene ganado el derecho de especiales menciones como fundador de la prensa chilena; pero el historiador emplea la misma técnica con otros periodistas, cuales José Joaquín Vallejo, Manuel Blanco Cuartín, Zorobabel Rodríguez, Domingo Faustino Sarmiento... Y es significativo, también, que en su eclecticismo llegue a conceder notable desarrollo, en el número de las páginas de su estudio, a ese mismo Sarmiento, a quien, por ciertas observaciones dispersas, no se divisa como santo de la más ardiente devoción de su biógrafo.

El autor de este brillante libro está ya maduro para emprender una historia general del periodismo chileno, de la cual vemos anticipos vigorosos en *Prensa y Periodismo en Chile*. Si hubo de privarse de hacer mención expresa de unos cuantos centenares de diarios menores y de periódicos de corta vida, que acaso no bastan para caracterizar la labor de penetración espiritual que se atribuye a la prensa, fácil es suponer que, agregando noticias y completando ciertas monografías, logre redactar aquella obra de mayor envergadura que estamos auspiciando. Un vasto, prolijo y muy bien ordenado índice de nombres citados completa la obra en su forma actual. Se nos ocurre que bastaría la inspección intencionada de este índice, que contiene informaciones útiles en la futura biografía de centenares de chilenos, para ir sugiriendo

dónde debe rellenarse el esquema. Este trabajo, similar en todo al de las abejas, calza sin duda con las aptitudes del laborioso escritor, por lo menos a juzgar por la abundosa nómina de sus escritores anteriores, que exhibe al comienzo de este libro.

Al extranjero que llega a Chile no le llama la atención el volumen de su literatura histórica, contrariamente a lo que creen los propios chilenos, muy inclinados a suponer infalible a don Marcelino. Hay en ella notorios vacíos, que tocan, sobre todo, a los fenómenos culturales. Las historias políticas, llamadas generales, porque están dedicadas a los hechos cívicos (Barros Arana, Encina), son útiles y compendiosas; pero en las de especialidades falta mucho. Y el mejor elogio que de *Prensa y Periodismo en Chile* puede hacerse, es que señala la meta y despeja, de una vez para siempre, no pocos de los obstáculos que suelen hallarse al recorrer una senda nueva. Sea que la complete él mismo o que la lleve a efecto otro, es evidente que al autor de este sólido y bien documentado estudio nadie podrá disputarle la cabecera en la historia del periodismo chileno. Los rodrigones que ha plantado son firmes y de agradable proporción, ya que su libro está bien escrito, contiene trozos muy amenos y se hace leer con gusto, lo que no siempre es frecuente en la historiografía americana.

PROF. LUIS CABAL

*

Tiempo Limitado. MARÍA ANGÉLICA ALFONSO.

Temuco, 1959, 32 págs.

DIOS ME LIBRE de inventar cosas mientras estoy cantando —dice Neruda. Y María Angélica Alfonso, que escribe en su Temuco húmedo y vegetal, nos dice, también: "Pero nada he creado: sólo he visto. Las cosas dejan un fugitivo encanto, o sombra dejan." Al enunciar este dejar o este caer de las cosas se entra en una velada definición poética, afín con el autor de *Sobre una poesía sin pureza*. Recordemos: "La confusa impureza de los seres humanos... las huellas del pie y los dedos... Así sea la poesía que buscamos, gastada, como un ácido por los deberes de la mano." De todo esto y también de nuevo hay en la poesía de María Angélica Alfonso. Va a delinearnos una secuencia de cánticos que constituyen una elegía: *Tiempo Limitado*. La obra está destinada a cantar la pérdida de su amado. No a su nombre, con lo que su creación artística excede lo meramente familiar para adquirir correspondiente categoría poética. Sin embargo, los que lo conocimos, y sólo como un dato margi-